

caducas, el de María le dió imperio sobre el mismo Dios. Dijo y en virtud de esta palabra poderosa se hizo su Madre, él se hizo su hijo, su inferior temporalmente habiendo ella adquirido derecho para mandarle. La naturaleza queda atónita mirando atropelladas sus leyes, violados sus derechos con privilegios admirables. Dios mismo, dice San Dionisio Areopagita, entra en éxtasis á la fuerza del *fiat* divinamente hechicero de una doncella. *Audiamus et illud pro veritati dicere quod ipsemet Creator omnium extrā se factus est.* Ahora, señores, entended el gran secreto como una Virgen es madre, un Dios es hombre, un hombre es Dios, un Eterno comienza á vivir, un omnipotente es débil niño; como el sér de los séres parece anonadarse, como nuestra abatida naturaleza se deifica en el seno de María y como, por último, la esencia divina se reviste del tosco y doloroso sayo de los mortales. Hé aquí la consumacion de los más altos misterios de nuestra religion sacrosanta, así como tambien el brillante resultado del sacrificio heroico de la fe de María.

Pero este sacrificio hecho en Nazaret, dice el gran Bossuet, María viene á confirmarlo en el templo de Jerusalem, pues que así como dió su asentimiento para la encarnacion del Mesías, así tambien ratificó el dia de la purificacion el tratado de la pasion de su Hijo por el sacrificio que lo representaba. No se trata ahora por tanto de escuchar esa voz del ángel más dulce que el cántico de inocente pajarito; se trata de oír al anciano Simeon en el templo, como ministro del sacrificio. No habla á María del reinado eterno de aquel Señor, cuyo estandarte sería colocado en triunfo sobre el Areópago de Atenas y sobre el Capitolio Romano, que cuenta las estrellas y las llama con su propio nombre, que coge los montes con una mano y los pesa con la otra en una balanza, que es tan grande que no cabe en el universo, porque habita más allá del espacio y de los mundos, que mandó salir á la aurora precediendo al sol. Dignidad tan alta, poder tan inmenso no ocupa la mente del santo an-

ciano; su pensamiento es la herida cruel que ha de abrirse en el inmaculado corazon de María, porque allí mira la misteriosa espada que ha de traspasar su inocente alma. *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.* ¡Qué cuadro tan sorprendente ofrece á nuestros ojos la religion católica en este instante! ¡Un venerable ministro, una víctima inmaculada y pura, una Virgen más agraciada que el oro óptimo que se engendraba en el paraíso y que las margaritas preciosas del Oriente, ocupados en el santuario del gran asunto de la redencion del hombre! Pensemos, señores, con detencion en el resultado de esta escena que es la grande ofrenda, el sacrificio costoso de María, sacrificio predestinado desde abeterno en la mente de Dios. Ya el cielo miraba con repugnancia la sangre de los animales inmundos y la de los machos cabrios. Por esto María con un Dios pasible y mortal en sus brazos, ejerciendo las funciones del sacerdocio exterior y visible, presenta al Padre celestial á su Unigénito lleno de gracia y de verdad para el cruel y sangriento sacrificio del Gólgota, pues que ilustrada superiormente, sabe que su tierno niño, su dulce y apreciable Jesús, á la vehemencia de sus angustias, era el cordero que derramando su sangre preciosa, había de redimir al mundo. Por esto con valor heroico, con fe excelente, á pesar de que en su corazon hay un flujo y reflujo de pasion y de compasion, de amor y de ternura, se une con la intencion á la imágen de la oblacion del Salvador, respondiendo en su corazon á Dios que quiere inmolar á Jesucristo; mujer que en silencio, con el corazon lleno y los labios vacíos, poseída del sentimiento mudo, que es el gran sentimiento, enchida de dolor, simboliza con sus brazos extendidos la cruz y los levanta para presentar la víctima al Padre Celestial y ponernos en manos de Simeon cuando éste canta lleno de júbilo celestial, como el cisne antes de la muerte. María contesta interiormente á sus terribles palabras: ¡Muera, muera mi hijo, para que el mundo viva! Concluyamos, señores, esta primera parte, asegurando

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

con un escritor piadoso que la admirable fe de María en esta oferta, su heroica resolución, su generoso desprendimiento ha sido más grande y admirable en el misterio de este día que en todos los demás misterios de su vida. Queda demostrada su excelencia eximia por su fe; contemplemos esta misma sobre todas las criaturas analizando su profunda humildad.

SEGUNDA PARTE

Para conocer cuán prodigiosa haya sido la humildad de María en el augusto misterio que celebramos, hagamos reflexiones sobre la ley dada á Moisés por el Señor. Mandaba ésta que las mujeres paridas se abstuviesen por algun tiempo de entrar en el templo y de tocar cosa alguna de las que fuesen consagradas al culto. Este tiempo se limitó á cuarenta días siendo varon lo que pariesen y á ochenta siendo mujer, con la obligacion, finado este término, de que la madre se presentase en el templo y ofreciese en holocausto al Señor un tierno corderillo en accion de gracias por su feliz alumbramiento y una paloma ó una tórtola para la expiacion de la impureza legal; pero que si la mujer fuere pobre llevase una tórtola, ó una paloma, para que ofrecidas al Señor por las manos del sacerdote, quedase purificada. Otra ley había y se refería exclusivamente al hijo; por ésta todos los primogénitos de los hijos de Israel debían ser dedicados al

ministerio de los altares, pues como Dios había escogido para este empleo á los hijos de la tribu de Levy, mandó que los primogénitos de las otras tribus, no debiendo servir en el templo, fuesen presentados al Señor como primicias, y despues rescatados á precio de dinero. En suma, la ley de la presentacion y purificacion, estaba dada para las mujeres que, concibiendo por el curso ordinario, despues del parto debían permanecer siete dias segregadas de las cosas santas, circuncidar al niño el día ocho, y al cuatragésimo presentarse al sacerdote con su ofrenda.

Examinad, como querais el tenor de esta ley, y resultará que no comprende á la Santísima Virgen María; cúmplala, sin embargo, para su mayor mérito y para dar más realce á aquellas admirables virtudes, que á la manera de flores olorosas en un jardín ameno tan de asiento brillan en el fondo de su alma, la obediencia y la humildad; pero María más pura y más virgen por su maternidad, asociada á la omnipotencia del Padre, á la sabiduría del Hijo, al amor del Espíritu Santo; unida á la divinidad, libre de las inmundicias de las mujeres; levantada, dice San Agustín, por la gracia y el poder de Dios, sobre la ley, ninguna obligacion tenía de cumplirla porque la pureza no se purifica, es como la nieve de los collados, cayendo del cielo, ¿quién podrá blanquearla? es como el hermoso lirio de los valles, ¿quién podrá hacerlo más bello y darle un olor más dulce que aquel que tuvo entreabriéndose al sol en su primer día? es como un vergel de granadas y manzanos, como la mirra y el áloe, el nardo y el azafran, la caña y el cinamomo, y todos los árboles del Líbano, ¿quién podrá aumentar el rico y suave olor de sus verdes hojas? ¡Purificarse María cuya santidad elevó en éxtasis deliciosos las almas de los santos, y las de los Doctores sus apologistas! ¡Purificarse aquella que consolaba á San Ambrosio en la Iglesia de Milan, cuando exclamaba, recíbeme no de Sara, sino de María Virgen, agena de toda mancha; aquella de quien decía Orígenes perseguido de Decio y errante entre las tburis

de la Arabia, esta Virgen ha sido excenta de toda inmundicia! ¡Purificarse María cuya pureza camina, segun San Agustin, sobre las abrasadas arenas del Africa como lo explica la salutacion del ángel! Purificarse María de quien dijo San Jerónimo primero en las deliciosas ciudades de Italia, despues en Oriente, que su pureza era toda luz y resplandores divinos! ¡Purificarse, por último, aquella á quien el Espíritu Santo llamó más bella que la aurora, más majestuosa que el astro que preside la noche y que la lámpara que alumbrá el firmamento; aquella á quien la dijo que era hermosa y sin mancha, su amada, su querida, su paloma agraciada, cuyo rostro deseaba le mostrase en las hendiduras de las piedras! ¡Oh humildad profundísima de la Virgen María! Tú, y sola tú, pudiste comprometer á María al cumplimiento de una ley que la desmentía á sí misma ocultando sus prerogativas, empañando con sus ceremonias la gloria de su virginidad y lo que es más, sacrificando para con los hombres el honor de su maternidad divina! Tal fué, señores, su humildad; es verdad que atendida la dignidad de María, grandes dificultades encontramos en suponerla obligada y más para verla cumplir con la ley de la purificacion, con desdoro de su honor y con menoscabo de su inocencia; recurramos á su humildad cuyo mérito ensalzo sobre los coros de los ángeles, á nuestra Santísima Madre, resolviendo á satisfaccion estas cuestiones. Nadie ignora que María se impuso el deber apremiante de vivir siempre sometida á la ley, reconociendo su voluntad en obsequio de la gloria y de la honra del Señor. ¿Qué mucho entonces que así como Jesús se mezcló y confundió con los demás hombres, para circuncidarse solo por dar buen ejemplo de obediencia y sumision, María, dice el Sr. Bossuet, se confunda con las mujeres inmundas, renuncie sus privilegios y excelencias, destendiéndose de la interpretacion que diera el hombre enorgullecido y fatuo sobre la ley de la purificacion para dar un ejemplo verdaderamente admirable á todo el universo, venga al medio del santuario para

redimir á su hijo, no con el presente valioso de los ricos, sino con la humilde ofrenda de los pobres, para presentarlo al Señor con más generosidad que Tobias, con más amor que aquella viuda que ofreció un óbolo cuya caridad ensalza el Evangelio? Dos tórtolas, hé aquí su ofrenda riquísima, cuanto más humilde. Orígenes encontró estas cosas celestiales y aun divinas. Basta, señores, concluyamos con asegurar que si la Santísima Virgen en este misterio nos revela su grandeza por su fe, no menos grande la hemos contemplado por su humildad; y bien, cuando la humildad y la fe son las grandes necesidades contemporáneas ¿qué no haremos para practicar estas virtudes imitando á María? ¿No están los hombres desorientados por el espíritu de rebelion? ¿no están delirando con ensueños de quimérica grandeza? ¿no les vemos á cada instante propalar ideas extravagantes, ideas falsas de la religion sacrosanta, y de sus dogmas, del Dios verdadero? ¿no vemos al influjo de los tiempos recabando y mermando la fe antigua? estrechando el horizonte de las demás virtudes? no vemos, desconocidos estos dos principios, la religion y el poder, los intereses personales á merced del pillaje, los templos saqueados en sacrílegas correrías, las imágenes de los santos mutiladas, la vida de los ciudadanos en peligro, la religion perseguida y gimiendo con la patria? En la persona de sus venerables obispos y sacerdotes, ¿no vemos desmembrado el edificio social, inculcadas las leyes y sobre todo, no vemos al hombre en sus delirios prepararse un olimpo donde creyendo libertarse de Dios se hace el juguete de sus pasiones, cuyas punzadas le atormentan y le agujonean sin piedad? y á vista de tantos males ¿no procuraremos, para purificarnos como María, practicar la humildad y la fe, y así adquirir esa ciencia sublime que viene de las altas regiones, ciencia que ignoraron los sabios de Grecia y de Roma? Quiera el cielo que tales sean nuestros empeños para que abandonando las tinieblas de una region mezquina, se cumpla en cada uno de nosotros, lo que pide con súplicas la Igle-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

sia nuestra Madre, en la bendicion de sus cirios, la salud del alma y del cuerpo, la luz de la verdad, los frutos de la fe, y el fuego dulcísimo de la caridad, que es lo que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—AMEN.

S E R M O N

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

PREDICADO
EN LA CAPILLA DEL SEMINARIO DE MEXICO EN 1856

POR EL

Señor Doctor Don José María Díez de Sollano

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Joan., XIX, 25.

En estas sencillas palabras encierra el Dolor de María el que lo vió y dió testimonio de ello. Sencillas, sí, pero altamente significativas de la compasion de esta dolorosa Madre. Estaba junto á la Cruz, porque era socia de sus dolores; estaba, pero en pié, porque participaba de su fortaleza. Estaba junto á la Cruz, de cuyos misterios era, no solo expectadora, sino actora muy cercana; estaba, lo diré de una vez, reflejando en sí todos los rayos que despedía aquel sol de justicia su muy amado Jesús. *Stabat juxta Crucem Jesu.* Acaso, hermanos míos, sucederá algunas veces con vosotros lo que con los rayos del sol, que reflejados en el espejo ustorio redobla su fuerza y actividad. Así los dolores del Hijo reflejados en el corazon de la Ma-